

HEROÍSMO MEJICANO⁽¹⁾

A MI AMIGO EL DOCTOR RAMÓN GUERRERO

Las armas republicanas
 En Querétaro han vencido;
 Presos con Maximiliano
 Fueron soldados y adictos,
 En la guerra sin fortuna
 Y en el intortúnio altivos.
 El vástago de cien reyes
 Perdió con pompas y títulos
 La cabeza, y la corona,
 Que ante el honor son lo mismo.

(1) El hecho que motivó esta composición, lo tengo suficientemente comprobado con cartas de autorizadas personas que fueron testigos de lo narrado. Esas cartas y otras muchas, relativas á diversos actos cantados en igual forma, serán en su oportunidad las notas que agregaré á mi romancero de la « Guerra del Imperio ».

Han los antiguos conventos
 En prisiones convertido,
 Y jefes y subalternos
 Ni tristes ni pensativos,
 El fin de su causa esperan
 Con los ánimos tranquilos.

Queda entre los generales
 Uno anciano y aguerrido,
 De la bandera triunfante,
 Duro y tenaz enemigo,
 Arrojado en la campaña,
 Inteligente, instruido,
 Incansable conspirando,
 Siempre firme y siempre digno.

Está condenado á muerte,
 Le han su sentencia leído,
 Y después de que la escucha
 No queda turbado y livido,
 Sino que amable y sereno
 De su triste fin convicto,
 Llama al jefe que custodia
 La prisión do está cautivo (1)
 Y con voz firme le dice:
 — Coronel, yo necesito
 Mi conciencia y mis negocios
 De prisa arreglar hoy mismo;
 Podéis para tal objeto
 Llamar aquí, y os lo pido,

(1) El ex-convento de Capuchinas en Querétaro.

Un abogado y un cura
 Para dejar todo listo. —
 Era el coronel un joven
 De antecedentes muy limpios;
 Tan bravo como arrogante,
 Tan discreto como altivo,
 Vástago de ilustre jefe
 En ruda campaña herido;
 Lo conoció el prisionero
 Años atrás, siendo niño,
 Y allí, su acento escuchando
 En aquel instante crítico,
 Fija serenos sus ojos
 En el general cautivo,
 Y de esta suerte responde:
 — Sin ser de vuestro partido
 Os conozco y os respeto
 Por pundonoroso y digno.
 Yo venero en todas partes
 A los soldados antiguos,
 Y si son de vuestro temple
 En su palabra confío.
 Sabéis que os han sentenciado
 A muerte; lo habéis oído,
 Y necesitáis dos hombres
 Para dejar todo listo.
 No seré yo quien los llame;
 Id á buscarlos vos mismo,
 Y volved, que aquí os espero;

Libre estáis, yo lo permito. —
 Quedó el prisionero atónito,
 Y de sus ojos el brillo
 Aumentóse con dos lágrimas
 Brotadas de lo más íntimo.
 Salió después, con asombro
 De centinelas y esbirros,
 Y cuantos salir le vieron
 Murmuraron del permiso.
 Pasáronse muchas horas,
 Horas largas como siglos,
 Y por fin con voz sonora,
 El campanario vecino
 Anunció la media noche:
 — Ya no vuelve — alguno dijo,
 Y el coronel respondióle:
 — Volverá, que yo lo fio,
 Y si no vuelve yo quedo
 En su lugar, y es lo mismo. —
 Á poco suenan tres golpes,
 Tras ellos ressuena el grito
 Del « ¿ Quién vive? » al que contestan
 « Yo, Severo del Castillo ».
 Era el Jefe prisionero
 Que siempre valiente y digno,
 Esclavo de su palabra
 Iba á esperar el patículo. (1)

(1) El general Severo del Castillo fué después indultado de la pena de muerte, y se le llevó preso á la fortaleza de Ulúa.

Estrechó la franca mano
 Del coronel, conmovido,
 Y retiróse á su celda
 Ni consternado ni tímido.
 ¿Cuál de los dos es más grande?
 ¿Cuál de los dos? No lo digo;
 Dígalo aquel que conozca,
 Que rasgos como el que pinto,
 Puede envidiarlos Esparta
 Y otro Homero describirlos.

Vive el que joven entonces
 Dió al prisionero permiso,
 Aun le sirve á la bandera
 Á que Juárez le dió brillo,
 Y como entonces mantiene
 Su modesto nombre limpio:
 El general Carlos Fuero,
 Honrado, valiente y digno.

No me culpéis, si viviendo
 Tan altos hechos publico;
 Es por gloria de esta tierra
 Que adoro amante y rendido,
 Es por gloria de las armas,
 Que á la libertad dan brillo,
 Y es por honrar á los muertos
 Enalteciendo á los vivos.

LOS MÁRTIRES DE URUÁPAM

(21 de octubre de 1865)

A MI EXCELENTE Y MUY QUERIDO AMIGO

MANUEL A. MERCADO

I

Hay un verjel escondido
 En pintorescas montañas,
 Que lo coronan las flores
 Y lo acarician las auras;
 Dando al collado en que cruzan
 Del Cupatitzio las aguas,
 Aromosa y fresca sombra
 Las retorcidas zirandas.
 Del fragante chirimoyo
 La nivea flor embalsama
 Al viento que manso gime

En la hojas esmaltadas
 De los cafetos que ostentan
 Sus dulces frutos de grana.
 En alegres *callejones*
 De doble y florida valla,
 Se cruzan entretrejiendo
 Sus verdes flexibles ramas
 Árboles de opuestos climas
 Que dan frutas sazonadas.
 Y entre los bosques de flores,
 Y como música grata,
 Susurran los arroyuelos
 Y murmuran las cascadas,
 Y zumban los chupamirtos,
 Alegres *sanates* cantan
 Y se plañen las palomas
 Y se duelen las calandrias.
 En las casitas ocultas
 Entre la verde enramada,
 Lucen las *guaris* hermosas
 Su gentileza y su gracia.
 Su color envidia el trigo,
 La mar sus dientes reclama,
 Que son perlas escondidas
 En un estuche de grana.
 Fulgura en su bello rostro
 El fuego y la luz del alba,
 Y su negra cabellera
 Es la noche aprisionada

Sobre una morena frente
 Con una cinta escarlata.
 El sol desde el limpio cielo,
 Templá su fuego y derrama
 Calor, vida y regocijo
 Sobre la hermosa comarca.
 Todo es alegre y risueño,
 La pradera dilatada,
 La cordillera fragosa
 Que en su torno se levanta,
 El torrente que á lo lejos
 Suelta la lluvia encantada
 En que convierte sus ondas
 La sonora catarata
 Que á sus rocas debe el nombre
 Popular de la *sararácua*.
 Son los collados alegres
 Y son alegres las casas
 Que entre bosques de naranjos
 Rojizos techos levantan.
 Pródiga Naturaleza
 Allí en todo se retrata,
 Y no en vano le llamaron
 De toda la Nueva España
 El *paratso escondido*
 En la tierra *michoacana*:
 No hay pincel que lo retrate;
 Ese verjel es Uruápam.

II

Una tarde, los vecinos
De Uruápam, ven asombrados,
Á las tropas imperiales
Por el occidente entrando,
Y la noticia circula
De que fueron derrotados
En Amatlán los valientes
Guerreros republicanos.

Una sorpresa que el pueblo
No comprende, abrióle paso
Al ejército de Méndez
Hasta llegar sin obstáculo,
Sin encontrar resistencia
Al lugar donde alojados
Estaban los generales
Que allí tenían el mando.

Era Arteaga el primero,
Y Salazar que á su lado,
Fueron por el enemigo
Presos en el mismo campo.

En tan violenta sorpresa
Las tropas se dispersaron,
Mas un número crecido
De oficiales y soldados,
Heridos ó prisioneros
Hizo el enemigo bando.

Y se contaba en Uruápam
Que tras aquel descalabro,
Fué para los generales
El camino del Calvario,
El que entre cerradas filas
Á seguir les obligaron.

Era Salazar un hombre
De hercúlea talla, extremado
En las corporales fuerzas,
De carácter espartano;
Pronto al encenderse en ira
Y con los débiles manso;
Terrible para el combate,
Risueño para el estrado.

Arteaga corpulento,
No nervudo ni gallardo;
Con la cutis tersa y fina,
De color apiñonado;
Sobre la pequeña boca
El bigote negro y lacio;
Vivos y ardientes los ojos,
Sedoso el pelo castaño.

Una fiera en la batalla,
Siempre festivo en el trato,
Y de carnes muy obeso,
Perpetuas huellas llevando
En ambas piernas, de heridas
Que á sanar nunca llegaron.
Con gran pesadez camina,

Que andar le cuesta trabajo,
Y sufre agudos dolores
Con el trote del caballo.

Mas si el clarín al combate
Le llama, fiero y osado,
Ni sus dolores recuerda
Ni es su obesidad obstáculo
Para arrostrar el peligro
Á los suyos animando,
Porque en tan graves momentos
Se siente regenerado.

Con ellos, presos caminan,
Al general ayudando,
Villagómez y Villada
Y Díaz el de Paracho.

Van en la azarosa senda
Serenos y resignados.
Arteaga apenas puede
Por sus heridas dar paso
Y es Villada quien le deja
El triste, endeble caballo
Que en prueba de gran estima
El enemigo le ha dado.

Sube el General, mas luego
Sufre mayores trabajos;
La montura por estrecha
Da martirio y no descanso
Y el animal es tan débil
Que camina tropezando

Y junto con el jinete
Da en tierra entre los peñascos.

Se multiplican los golpes
Pero no abaten el ánimo
De aquel héroe que prosigue
Sin un reproche en sus labios
Por la trabajosa vía
Que le conduce al Calvario.

Ocupa su pensamiento
El triste recuerdo ingrato,
De que en aquella jornada
Quizá pudieran culparlo,
Porque, cuando en Uruápam
Se presentó el emisario,
Á decir que el enemigo
Había salido de Pátzcuaro;
En una junta de guerra
Sostuvo Riva Palacio
Que era oportuno el combate
Y era preciso librarlo.

Arteaga por desgracia
Tuvo parecer contrario,
Salazar pensó lo mismo
Y entonces quedó acordado
Entre los tres generales,
Que se retiraran ambos
Y que al instante saliendo
De Uruápam Riva Palacio
Marchase á atacar Morelia

Sin demora ni descanso.

Por eso va el prisionero
Pensativo, y anhelando
Villada, saber la causa
De aquel repentino cambio,
Al Jefe se la pregunta
Que le responde en el acto :

« La reflexión que me apena
Y me trae contrariado,
Es pensar en cuán distinta
Fuera la suerte, si acaso
Seguido hubiera el consejo
Que en Uruápam desechamos;
Ya tal vez hubiera muerto
Como merezco, en el campo,
No con tan grandes ultrajes
Para llevarme al cadalso. »

Y al decir esas palabras
En sus miradas brillaron
Por la cólera encendidos
Deslumbradores relámpagos.

III

Como si tranquilas horas
Del nuevo sol esperaran,

Ya sentenciados á muerte
Y en capilla, quietos pasan
Su tiempo los prisioneros
Díaz, Salazar, Arteaga,
González y Villagómez,
Que á la siguiente mañana
Van las tropas imperiales
Á pasarlos por las armas.

La última noche de un reo
Que horribles crímenes paga
Y á patibulo afrentoso
Lleva la justicia humana,
Está llena de terrores,
La velan negros fantasmas
Y parece que á la vida
Las víctimas inmoladas
Vuelven en aquellas horas
Que son como siglos, largas.

Pero la postrera noche
Del que muere por la patria,
Es limpia cual la conciencia
Y serena como el alba.

Ni acuden remordimientos,
Ni sofocan torpes ansias,
Huye el terror y una fuerza
Siente misteriosa el alma,
Que la eleva y la sostiene,
La diviniza y la ensancha.

Por eso ven el cadalso

Como el solio que prepara
 La Gloria á los que sucumben
 Y el triunfo á los que batallan.
 Ninguno está amedrentado,
 Todos en sentidas cartas,
 Que escriben con mano firme
 Y piensan con mente sana
 Se despiden cariñosos
 De los seres que más aman.
 Comienza á lucir el día,
 Y el redoble de las cajas,
 Les anuncia que ha llegado
 El momento y que no tardan
 Los jefes que han de llevarles
 Á morir. — Está en la plaza
 Formado el cuadro; los héroes
 Recorren con la mirada
 Á las tropas, y serenos,
 Sin vacilar, sin que nada,
 Temor revele en sus rostros
 Ni turbación en sus almas,
 Se colocan, vitorean
 Con entusiasmo su causa;
 Se yerguen mirando al cielo,
 Escúchanse las descargas
 Y de los frágiles cuerpos
 Salen las gigantes almas,
 Llevando de aquellas frentes
 Por el plomo destrozadas,

Como postrar pensamiento
 La libertad ó la patria.

IV

Uruápam, están tus calles,
 Tus jardines y tus plazas,
 De aquellos héroes augustos
 Por la sangre consagradas.
 Desde entonces los perfumes
 Que de tus flores se exhalan
 El susurro de tus brisas;
 El murmurio de tus aguas,
 El canto de tus palomas,
 Y el rugir de tus cascadas,
 Son el himno que la Gloria
 En homenaje levanta
 De los que dieron la vida
 Del patriotismo en las aras,
 Los árboles que flexibles
 Les prestaron sombra grata,
 Renovado han veinte veces
 Sus túnicas de esmeralda,
 Y viva está la memoria,
 Viva, que el pueblo la guarda,
 Del sublime apoteosis
 De los mártires de Uruápam.